

Editorial

Un año muy singular

El año 1992, en su segunda mitad, fue pródigo en relevantes acontecimientos nacionales: la Exposición Universal de Sevilla, los Juegos Olímpicos y Paralímpicos de Barcelona, los actos conmemorativos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América...

En todos estos eventos desempeñaron un papel, más o menos anónimo, muchos compañeros nuestros. Recordemos, como más divulgados, las minuciosas atenciones médicas que precisó la preparación, física y psíquica, de los atletas olímpicos. Que fueron más complejas cuando se aplicaron a los minusválidos deseosos de participar en las competiciones. Preparativos oscurecidos por la brillantez de los espectáculos, la parafernalia de la concesión de las medallas. A menudo, en cambio, nos llegó el eco de los controles antidoping. Pues, hoy en día, los análisis químicos de la orina alcanzan inusitada perfección: permiten detectar las sustancias estimulantes más raras y sofisticadas.

Quedan en el recuerdo pintoresco los tiempos en los que se fortalecía el esfuerzo de los atletas con burdas artimañas. Que estaban, por otra parte, toleradas. El primer caso de doping conocido en la varriopinta crónica de los Juegos Olímpicos, se dio en 1904, en la maratón de San Luis. Thomas Hicks, un inglés, payaso de profesión, fue inyectado, dos veces, en el curso de la carrera, con sulfato de estroquina. Al comienzo de la prueba, además, se le hizo ingerir varias yemas de huevo y beber algunos tragos de coñac. En los Juegos Olímpicos de París, en 1924, pudo observarse cómo el participante de los 100 metros lisos, el abogado londinense Harold Abraham, para darse ánimos, se fu-

maba unos grandes puros en la pista, durante el tiempo que mediaba entre una y otra eliminatoria. Los participantes en las pruebas de esgrima solían estimularse, a su vez, con bebidas alcohólicas y, años después, con anfetaminas.

La presencia de sustancias anabolizantes en la orina de los deportistas se detectó en los Juegos de Los Angeles de 1984, en un corredor de los 10.000 metros lisos, el finlandés Martti Varinio. Posteriormente los casos de atletas dopados con anabolizantes han sido muy frecuentes. El más conocido de ellos es el que tuvo lugar en Seúl, en 1988. Fue protagonizado, junto con otros quince atletas, por el recordman mundial de los 100 metros, el canadiense Ben Johnson. El control antidoping descubrió que Ben se drogaba con estanozobol, anabolizante que hipertrofia, de manera sorprendente, las masas musculares del cuerpo humano.

En la Olimpiada de Barcelona de 1992 únicamente se han conocido cinco casos de doping. Es digno de señalar que, en los Juegos de la Ciudad Condal, obtuvieron grandes éxitos deportivos, varios participantes mallorquines; en las especialidades de fútbol y de vela.

En la Expo 92 de Sevilla el pabellón de las Islas Baleares brilló a gran altura.

El rol desempeñado por la Sanidad en la Isla de la Cartuja, fue, asimismo, muy importante. Baste decir que, con la ayuda de la ONCE, unos 80.000 minusválidos pudieron disfrutar de una Exposición sin barreras. Que se atendieron 65.000 demandas de asistencia médica, que se movilizaron ambulancias en más de 4.000 salidas del recinto y se consiguió no hubiera un solo caso de intoxicación alimentaria, gracias a la presencia de 10.000 manipuladores que supervisaron la calidad de los alimentos con criterios estrictos, iguales a los que rigen en la selección de la comida de los astronautas.

Entre las actividades culturales que suscitó el polémico Quinto Centenario del Descubrimiento de América, echamos de menos el análisis antropológico, forense, de los restos de Cristóbal Colón. Tanto de los

que se hallan en Santo Domingo como los que se guardan en el panteón de la catedral de Sevilla. Seguramente los únicos verdaderos sean los de La Española, estudiados por el profesor Charles Goff en 1960. Quien demostró en su examen que correspondían a un hombre cincuentón, de cinco pies y ocho pulgadas de altura, con deformaciones artrósicas. Datos que concuerdan con la biotipología del primer almirante de la Mar Océana. En la urna de Sevilla existiría, únicamente, un poco de polvo y unos cascotes de tierra caliza. Esos fastuosos acontecimientos, de resonancia universal, han tenido el contrapunto de la aparición de una fuerte recesión económica. Que nos hace recordar otra similar sufrida en España en 1929, luego de las Exposiciones Iberoamericanas de Sevilla y de la Internacional de Barcelona. De tan funestas consecuencias para la historia de nuestro país.

Junto a esta crisis se esboza un cambio de valores morales. Se expone, sin recato alguno, el «elogio a la pereza». Se proclama la «estética de la jubilación anticipada». Se sostiene que el trabajo es «la eterna tortura de la humanidad». Que, «sólo se vive una vez». «¿Por qué ser infelices pudiendo ser felices?», se preguntaba ya Albert Camus. Deberíamos planificar, «individualmente», nuestro propio bienestar. Es una filosofía decadente, egoísta, muy alejada de pasados entusiasmos comunitarios. Con ciertos aspectos,

sin embargo, positivos. La felicidad debe alcanzarse sin necesidad de tomar drogas, sin llevar sucias melenas, sin tocar guitarras eléctricas.

En un reciente libro, *El crepúsculo del deber*, Gilles Lipovetsky analiza estas confusas y utópicas ideas. Y defiende el juego limpio; en los negocios, en la política. Aboga por desterrar la corrupción y llegar, también, a una «ética sin dolor», que deseché el histerismo colectivo de morir por la patria, de inmolarse en aras de ideales religiosos o políticos. Hay que retornar a los valores elementales: la naturaleza, el amor, la familia. Huyamos de la sociedad de consumo y del agobio de las grandes urbes. Reconozcamos, humildemente, que la Cultura está siempre en los libros. Nunca en los «culebrones» ni en los millonarios concursos de la televisión.

Un hecho minúsculo, entrañable, ocurrió también en el pasado año de 1992: la audiencia concedida a esta Corporación por Su Majestad el Rey don Juan Carlos I. Y de la que damos cumplida noticia en otras páginas de nuestra querida revista *Medicina Balear*. Que cumple ahora siete años de existencia y no cesa de recibir valiosos trabajos para su publicación.

El número 7. Guarismo venerable con resonancias bíblicas.

Decía san Agustín que era la suma del 3 y del 4. De la Trinidad y del Tiempo. La fórmula más completa del ser. Que aúna lo finito a lo infinito.